



Policías franceses investigan en los alrededores de una fábrica de productos químicos supuestamente robada por ETA en 2007. / PHILIPPE MERLE (AFP)

La complejidad del final

ANÁLISIS

Luis R. Aizpeolea

Martin McGuinness, el vice primer ministro de Irlanda del Norte, líder del Sinn Féin y exdirigente del IRA, en sus reuniones el miércoles pasado con el Gobierno y los partidos del País Vasco, expresó su sorpresa por la singularidad del proceso final de ETA. Dijo no conocer ningún precedente de un proceso de desarme en el que el Gobierno no quisiera participar en su verificación, como es el del Ejecutivo de Mariano Rajoy en relación con ETA. Evidentemente, ni el conflicto irlandés es similar al que originó ETA en Euskadi y España entera ni Tony Blair es Mariano Rajoy.

El hecho es que a ETA no le queda otra opción que proceder a su desarme de manera unilateral sin la participación del Gobierno central en su verificación. Lo que hace el comunicado de ETA, conocido ayer en su integridad, es reafirmar

el proceso de desarme unilateral de la banda terrorista, anunciado el pasado febrero.

Quedan algunas incógnitas por despejar, que el comunicado no aclara. ¿Va a verificar el desarme la Comisión Internacional de Verificación, coordinada por Ram Manikalingam, comprometida desde el cese definitivo de ETA? ¿Va a permitir ETA que el Gobierno vasco participe en su verificación ante la negativa del Ejecutivo de Rajoy a hacerlo? ¿Lo va a hacer en seis meses, como reclama el Gobierno vasco, teniendo en cuenta que ETA ya anunció el pasado febrero “el desarme unilateral y total”?

Estas incógnitas despiertan algunos recelos en el Gobierno y en los partidos del País Vasco porque el mensaje que les había llegado durante la visita a Euskadi, el pasado miércoles, de McGuinness y el mediador internacional, Jonathan Powell, exasesor de Tony Blair, es que ETA paraliza el proceso por la inasistencia del Gobierno de Rajoy en su verificación.

En todo caso, el desarme, como el propio comunicado de ETA refleja, ya no es el problema porque siendo una banda terrorista muy debilitada, tras casi cuatro años sin operatividad, no tiene otra opción que cerrar definitivamente el capítulo del terrorismo.

El problema del final de ETA está en otro sitio: en el interés de la banda en no

El grupo quiere mantener sus siglas y permanecer como agente político

disolverse, en mantener sus siglas y permanecer como agente político. ETA no actúa en este asunto como el IRA. McGuinness dijo el miércoles que el IRA no emitió un comunicado de disolución. “Ha desaparecido como la nieve en las montañas de primavera”, comentó a sus interlocutores vascos.

ra, explica que va a mantener “una estructura técnico-logística para completar el sellado del armamento”. Y, por otra parte, reforzará la estructura para las tareas políticas relacionadas con la vuelta a casa de todos los presos y exiliados vascos, incluidos los miembros de ETA que están en la clandestinidad, el desarme acordado y ordenado de ETA y “la desmilitarización de Euskal Herria, como base para la normalidad democrática”.

Pese a certificar de forma unilateral el fin de la violencia, como ya anunció el 20 de octubre de 2011, y sellar definitivamente sus arsenales, como adelantó de forma simbólica en el video que hizo público el pasado mes de febrero, ETA “no se quita de en medio” como le pide de forma mayoritaria toda la sociedad vasca.

Como una organización ya *postterrorista* se dedicará a “ofrecer a Euskal Herria su punto de vista y su aportación pero sin sustituir a nadie ni asumir labores que no le corresponden”. Es decir, va a permitir a la izquierda *abertzale* que siga dirigiendo en Euskadi y en las urnas la lucha institucional.

Si ETA no sigue las pautas del IRA, la principal perjudicada será la izquierda *abertzale* que necesita la desaparición de la sigla etarra para superar las hipotecas del pasado y desenvolverse con más autonomía.

El otro problema al que se enfrenta el final de ETA es el de los presos. El comunicado de ayer no hace ninguna referencia al compromiso alcanzado el 28 de diciembre pasado por el colectivo de presos —que representa a cerca de 150 reclusos entre España y Francia— en el que asumían la legalidad penitenciaria y su reinserción individual. Una parte del colectivo, entre el 20% y el 30%, no quiere hacer la autocrítica de su pasado terrorista que les exige el proceso de reinserción individual.

El encastillamiento de los presos da alas a ETA para mantener sus siglas y no ceder el protagonismo político exclusivo a la izquierda *abertzale*. Ahí radica la complicación por la que atraviesa el final de ETA en estos momentos. Aunque, afortunadamente, hay que destacar que ya sin la espada de Damocles de la amenaza terrorista, como confirma el comunicado etarra conocido íntegramente ayer.